

En la tumba de Ramón López Velarde

Por Emmanuel Carballo

Ramón, apacible hermano,
por calzadas de ceniza,
entre el lodo primitivo
de todos los humanos,
me acerco a tu pasiva desnudez,
al olor ausente del incienso,
a tu temprana hambre y a tu temprana sed.

Ramón, apacible hermano,
tus voraces dedos desprendidos
del seno amado
acarician la raíz de las violetas,
moradas como el limo cenagoso
de tus labios cerrados.

Contemplo tu imagen última:
un tiesto blanco, sin flores,
el coro espontáneo de violetas plañidoras
y una cruz pronto resuelta:
cuatro líneas que se fugan
hacia los cuatro puntos cardinales.

Ramón, conciliada la doble incógnita,
la ceniza condensada se esparce y flota.
Y así comprende la vida de este campo triste:
los ángeles guardianes que perduran,
la efímera estadía del canario.

Ramón, apacible hermano,
hoy cambio símbolos a tu zodiaco:
en parvadas las violetas aroman tu tálamo. ◇

Fabula dística a Ramón López Velarde

Por Francisco Liguori

No merecías las insensateces
con que han querido honrarte algunas veces.
Apóstol de la hidalga soltería,
joven Quijote de la patria mía.
A medio siglo de tu muerte, siento
que nos conturba aún tu pensamiento.
Quiéren fingirte revolucionario
los que no pueden ver tu espejo diario.
(Ignoran que estás fuera de la ley
como los bravos chuanes de Barbey).

Y hoy la patria te honra en el espanto
de un Corpus Christi de congoja y llanto.
Áspera patria la que tú suavizas
para que surja así de tus cenizas.
Sucumbes cuando cae en tu conciencia
la campanada de la Independencia.
Cuando se acallan las algarabías
de las facinerosas tropelías.
Y cuando inicia su ímpetu de vuelos
el águila caudal de Vasconcelos.
Envidian tu contrito celibato
los poetas sin rima y sin olfato.
Tus experiencias oscilando están
entre el casto José y Abderramán.
Tu sexo es hormigueo despiadado
ante la certidumbre del pecado.

¡Paz a tu corazón, vaso sangrante
tu corazón leal y ameritado,
tu corazón cristiano y trigarante! ◇

México, junio de 1971

Elegía a López Velarde *Por Raúl Leiva*

Fragmento

I. TU LENGUAJE ES UN ASCUA SOBRE MÉXICO

Tu lenguaje es un ascua sobre México,
Una danza que embriaga corazones.

Tu prehispánica mirada
Esplendores cultiva sobre el aire,
Y las cinco letras de tu nombre
Suman las lágrimas del mar.

Tus nostalgias y arraigos
Flores de sangre son sobre este Valle.

El campo de victorias de tu frente
Sus diamantes esparce sobre Anáhuac.

Tejedor de silencios,
Padre de la patria naciente,
Hacedor, poeta, taumaturgo.

“Una tortura de hielo y una combustión de pira”
Y “un vértigo de abismo” tus señales.

Contigo, la Muerte
Desmadejar sus olas ya no puede,
Ni el Tiempo morder tu mineral arquitectura.

Femeninos veneros construyeron
Tu sed inabarcable,
Tu figura de ídolo creciente.

Los otoños te arrullan,
Téplante los veranos,
Primaveras erectas
Derrotan los inviernos del estrago.

Incorruptible marchas en la luz,
Tu palabra es fiesta de los hombres.

Vuelan los versos en tu voz profética
Sobre un futuro de herméticas deidades.

La cromática vecindad de tus águilas
Ensancha, en sus latidos, a la tierra.

Cercano a la eficacia de tu frente,
Amor ha levantado sus fulgores.

La íntima tierra mexicana
A tu sufrido rostro condecora.

Sollozar de tambores es la música
Que envuelve tu presencia de obsidiana.

Tus ígneas combustiones, oh mestizo,
Derrotan las unánimes frialdades.

Por tu rima recóndita
Un gozo de palomas se derrama.

Por tus sílabas móviles
Un México de ráfagas asciende.

Todo tú te rehaces de la muerte:
Tu nuevo rostro sobre el Tiempo instala
Translúcidos meteoros,
Quimérico señor de tempestades.

Tu fragancia de amapolada estirpe
Las alas de Coatlicue ha detenido. ♦

Tránsito de una voz apasionada

Por Miguel Álvarez Acosta

En Jerez, hace lustrós, el aroma
de los verdes sembradíos y las huertas,
iba jacarandoso a la parroquia,
porque un niño de media primavera,
asistido del cura y los padrinos,
entregaba su llanto a la pileta
del agua bautismal y recibía
la predestinación de los aedas.
Ramón López Velarde fue su nombre
veta mayor entre las ricas vetas
del fervor nacional, oro bruñido
bajo el minero sol de Zacatecas.

Aire de los manzanos, tuberosas
de la fuente lunar, tibias praderas,
labriegos menesteres del cortijo,
leves arroyos por las callejuelas;
relatos del abuelo entre las alas
del quinqué, de la sombra y la tiniebla;
calidoscópica visión del niño
que en el hallazgo musical observa
la perpetuada rima de la lluvia
con violines de luz por las goteras,
la telúrica charla de los bosques
y el meliflúo rumor de la colmena.

Ahí nace la lírica guirnalda,
frente al temblor de la Naturaleza,
en el recato del hogar tranquilo,
en el tierno decoro de la aldea.

Vecino de cristianos menesteres,
el Evangelio le sirvió de esquema:
en el atril de cedro, dibujaba
la plombagina el mapa de una endecha,
al aire coronado del armonio
o al pintado candor de la muñeca.
Silencioso y extático, los días
en el calor de su niñez contempla;
los ve pasar cantando por las calles
su agitada canción de panderetas
y la precocidad meditativa
le va grabando insospechada huella.

Niño del siglo diecinueve, goza
la ingenuidad votiva de las ferias:
agua de betabel con alfajores,
pegaso en fuga de circunferencia;
manjar y volantín que le habilitan
serafín emigrante de la idea.

Su presencia en la infancia, contamina
de inquietud el recinto de la escuela.
El niño silencioso es un prodigio
que exige reflexión a la maestra;
todo llama interior, el pequeñuelo
rebase los pupitres; la piqueta,
sale a exhumar estrellas al contorno,
y entre el musgo esponjado de las piedras
su mano va midiendo los temblores
elocuentes y mudos de la tierra.

Tiene doce febreros y en las alas
de la entrañada conjetura vuela;
y una tarde, al volver de los sembrados
el anafe del sol por las laderas,
el alfarero olor de las tinajas,
el capullo de oro en las veletas,
el popular tejido de los hombres
que van por la liviana transparencia
de la tarde mullida, le conmueven;
recurrer a la palabra y no la encuentra,
y sin saber por qué, llora y se bebe
de llanto y de dolor la improcedencia.
Y es que su sangre niña, verde grito,
irrumpe a revelarles que es poeta.

Inicia en verso tímido, furtivas
incursiones al mar de la belleza;
va recogiendo la expresión del día
en un tiesto de rosas lugareñas,
porque la Patria estaba, desde entonces,
"en las provincias de reloj en vela"
en el coro jocundo de la ronda
y en el claro fulgor de las verbenas.
Por eso su canción, era una glosa
a ese credo de júbilo y tristeza
que el ruiñeñor municipal propaga
desde el columpio de las alamedas.

Vive los años mozos al amparo
del coro familiar, rimando quejas
a la angustiada virgen que le embruja
desde los patios de la voz inédita.
Divaga entre los cingulos morados,
el misal, el hisopo y las bandejas
donde el cofrade daba las primicias
del cotidiano afán por indulgencias.
Allí la musa del pesar, su novia,
al oído le canta brisas ledas
y sabe del amor incontenible
que reza a Cristo, a la mujer desea
y en un mismo fervor, canta a las rosas
de Jericó y al lirio de Florencia.

Ya Fuensanta llegó al itinerario
del bardo teologal; ya se penetra
de la suave penumbra de un romano
que vigila pasión de adolescencia.
Ya sucumbe al contacto voluptuoso
del presentido amor, llora tinieblas,
rima su soledad, sueña en el "ángel
femenino que agrava su dolencia",
y en embriaguez de ondas, se desliza,
"hallando un vals sin fin por el planeta".

Meridional encanto que se filtra
por sus manos henchidas de promesa
conduce sus pupilas, desde el templo,
rumbo a la tentación clara y doncella
y el aroma del santo advenimiento,
bañado en rubio manantial de cera,
alza responsos, madrigales, sueños,
en un loco dualismo sin fronteras;
no sabe en veces si el aroma pulcro
del recinto cural, es la azucena
que en la crencha desnuda de las mozas
también dice verdades evangélicas.

Y cuando en viaje primordial deriva
por la ciudad de las famosas termas
siente, bajo la fronda de San Marcos
y el laberinto de la enciclopedia,
las dudas de Spinoza y Juan Jacobo,
las pitagóricas evanescencias,
el cálculo devoto de la rima
y los rigores del epifonema.
En el verde recinto de las aves
y el milagroso manantial, profesa
de bachiller y bardo. Sus padrinos,